



Las formas de la rabia

Ingrid Bravo

Para Andrés, Sabrina y Sebastián

I. Furiosa y desdichada

En 2020, Yesenia Zamudio, madre de Marichuy Jaimes Zamudio, se volvió viral por gritar en una manifestación: «Y la que quiera romper que rompa, y la que quiera quemar que queme, y la que no, que no nos estorbe». No estuve en esa marcha, pero cuando vi el video me contagié de esa rabia colectiva de saberte mujer en un país feminicida.

Dos años antes, trabajaba en un texto dramático documental sobre el feminicidio. En ese año yo quería entender el porqué de esa violencia, quería hablar del tejido social que rompe un asesinato y que, aunque no conozcamos a esas mujeres, nos alcanza a todas y todos; para ello me era esencial poder hablar con las madres, (así en plural, así de despersonalizado). En 2019, mis compañeros y amigos de Teatro Desde la Grieta (Dulce y Bruno), y yo, conocimos a la señora Lidia Florencio Guerrero y a Laura Velázquez Florencio, madre y hermana de Diana Velázquez Florencio, quien fue víctima de feminicidio en 2017 en Chimalhuacán, Estado de México. Conforme las fui conociendo más a través de los años, comencé a darme cuenta de que nunca podría entender por completo su rabia. Pienso que la puedo compartir, pero ahora la entiendo como lejana porque no viene de la entraña, del vacío en el pecho, del horror y el dolor que deja la incomprensión del asesinato.

Chimamanda Ngozi Adichie escribió *Sobre el duelo*¹ tras la muerte de su padre. Usa la palabra rabia y la adjetiva como furiosa y desdichada. Si la muerte natural (que de alguna manera se entiende, incluso se espera, como la muerte de nuestros abuelos o nuestros padres) provoca una rabia furiosa y desdichada, ¿cómo nombraríamos entonces a la que es producto del asesinato de un ser querido? ¿Cómo nombramos la rabia que nos produce este país? ¿Con qué adjetivo acompañamos nuestra rabia?

II. Sobre el derecho a dolernos

Siempre creí que esa violencia que desaparece y mata nunca me alcanzaría. Aunque se diga que en este país cualquiera de nosotros, un día, podría no volver a casa, yo vivía con la confianza de que mi familia y mis amigos siempre lo harían. Pese a que la frase «avisa cuando llegues» sea el estribillo más común de mi generación, muchas veces me he quedado dormida antes de recibir el mensaje que avisa que todo está bien, porque confiaba en que esa violencia nunca iba a llegar. Hasta que un día todo eso que sabía por las noticias, por las cifras, por los testimonios en las marchas, eso que estaba lejos, que le pasaba a los otros, me atravesó. Entonces descubrí que el dolor, el miedo, la rabia que se siente después del asesinato de alguien a quien amas, es inadjetivable.

Andrés era un increíble actor, bonito externa e internamente, generoso, tierno, amoroso. De los pocos hombres que conozco que les gusta bailar y, además, lo hacía increíble. Cantaba la mayor parte del tiempo y tenía la extraña manía de mandar videos y fotos de su cara, haciendo gestos exagerados, por WhatsApp. Extrañaba a sus gatos y al mar de Mazatlán. También era mi amigo y alguien a quien quería muchísimo. Él siempre me ayudaba en las lecturas de la Fundación para las Letras Mexicanas, las cuales funcionaban como muestra de trabajo. Él era mi actor y editor. Una de las escenas en las que me ayudó era sobre un niño que se comunica con la fantasmagoría de un joven desaparecido a través de una ventana empañada. Andrés, en la lectura, era ese niño. Hoy quiero creer que en los días lluviosos podremos hablar a través de ellas.

Me he sentido indigna de llorar y extrañarlo tanto porque el tiempo que lo conocí fue poco comparado con el de sus compañeros de generación, de sus mejores amigos; y porque no creo que sea comparable mi amor por él con el que seguramente le tiene su familia.

Unos días después de que se supiera que les habían arrebatado la vida, sus amigos organizaron un memorial para él y Jorge, su hermano, en un pedazo de jardín del Centro Universitario de Teatro. Ese día yo volví a ser una niña que no entiende el mundo. Priscila (maestra de Andrés en el CUT) me llevó de la mano a la piedra en la cual estaban recargadas las

fotografías de Andrés y Jorge rodeadas de flores y velas. Yo también quería llevarle flores, pero no lo hice porque me dio vergüenza. Sebastián (uno de sus mejores amigos) estaba de rodillas frente al memorial. Priscila me soltó, no recuerdo exactamente lo que me dijo, pero sé que era para consolarlo. Se acercó a él, le pasó el brazo por los hombros. Sebastián lloraba, me senté a su lado y lloramos; lloré como nunca lo había hecho enfrente de personas conocidas y desconocidas; en el funeral de mi abuelo no lloré.

De repente comenzó a sonar *That funny feeling*, Sebastián dijo que se trataba de su canción favorita. Rio, nos reímos. Y me pasó como a Chimamanda cuando reía con su familia recordando a su padre; su risa se transformó en lágrimas, tristeza y luego rabia; solo que la mía era una rabia avergonzada. Una de las chicas que había organizado el memorial, no supe su nombre, me regaló una bolsita con un cuarzo y un aceite; me dijo que era para ayudar a paliar el dolor, me explicó cómo usarlo, en qué parte del cuerpo colocar la piedra. Ese gesto me dio el permiso de sufrir sin pena. De alguna manera sentí que mi dolor era legítimo, que ella, de algún modo, me había dicho: tienes el derecho de que te duela como te duele aunque aquí nadie sepa quién eres.

Chimamanda escribe «... la edad no es relevante para el dolor: no se trata de lo viejo que era, sino de cuánto lo queríamos».² En ese sentido tampoco se trata de lo cercanos o el tiempo de conocerse, siempre se trata de cuánto los queremos. Pero, ¿qué pasa con las personas a las que no conocimos? Creo que la respuesta es similar porque tampoco se trata de eso, siempre es sobre cuánto los querían, de que faltan para alguien y, aunque no lo sepamos, de que nos hacen falta también a nosotros.

Tengo una contradicción y una confesión que me parece terrible: no me duele de la misma forma la ausencia de Andrés que la de su hermano, aunque lo conocí, o la de su tío, de quien ni siquiera sabía su nombre. Y entonces regreso a la rabia, la particularidad de la rabia. La rabia que me dejó su asesinato es inadjetivable; en cambio, la que me dejan el asesinato de su hermano y su tío se parece a esa rabia que siento cuando veo todo lo que tienen que hacer Lidia y Laura, a la que sentí cuando escuché las palabras de Yesenia, a la que siento cada que mi amiga Teté (dramaturga mazatleca) me cuenta so-

bre Yosimar y la búsqueda de su madre y las Sabuesos Guerreras por encontrar a sus tesoros. La rabia contagiada, pero que no es propia.

Hace tiempo le mandé una carta ficticia a Cristina Rivera Garza. Tenía tantas preguntas sobre su libro *Dolerse*. Sobre esa «necesidad política de decir tú me dueles».³ Mis cuestionamientos ahora son muy parecidos a los que le hacía en esa carta hace dos años. ¿Qué derecho tengo de dolerme? Porque hay un abismo entre esta rabia inadjetivable y esa rabia lejana. Quizá en ese abismo esté parte de la respuesta; es necesario saber que existe, que es imposible cruzarlo y aún así intentar tender puentes. Nunca podré entender la rabia de tantas personas, así como nunca podrán entender la mía, y aun así, dolernos en colectivo es necesario. Sí, tengo el derecho de dolerme por Andrés, por su hermano, por su tío, por Diana, por Yosimar, por Marichuy, por tantas y tantas personas; todos lo tenemos, es fundamental hacerlo.

III. Estas son las palabras que quisiera no entender

Inconsolable
 Vacío
 Nunca
 Horror
 Miedo
 Enojo
 Extrañar
 Memoria
 Desamparo
 Dolor
 Dolerme
 Rabia

IV. La relatividad del duelo

Las personas se quedan en las cosas, los lugares y la gente. Pienso en dónde te quedaste tú; lo primero que se me viene a la cabeza es la sudadera que nunca te devolví. La uso para inventarme tu abrazo. Cuando me pongo la capucha y por ella se me sale algún mechón de pelo medianamente rizado, mi madre me dice que le recuerdo a ti. No sé si lo dice

porque realmente se lo parece o para ayudarme a sentirte cerca, pero funciona. También te quedaste en el humo del cigarro, ya no tengo ganas de fumar, diría que lo estoy dejando, aunque no es por voluntad; y si no lo termino de hacer es porque cuando fumo te me apareces y me acompañas con otro Lucky Strike. En diciembre empecé a escuchar a Silvana Estrada porque me hablaste tanto de ella que tu voz se me cuela en sus canciones. Cuando salgo en bicicleta sé que me cuidas como lo hacías cuando regresábamos juntos del Santa Catarina. Hace poco fui a cenar tacos con unos amigos y de repente estabas ahí, cenando con nosotros, y por un momento volvimos juntos a mi casa en el trolebús. Aquí sigues de tantas formas y para tanta gente. Y eso me produce una rabia furiosa y tierna. Furiosa porque deberías estar aquí; tierna porque muchísima gente te ama.

Chimamanda termina su libro descubriendo que escribe sobre su padre en pasado. La temporalidad del duelo es relativa: yo hablo de ti en pasado, pero hablo contigo en presente.

V. Las formas de la rabia

Ngozi Adichie escribe: «Por fin entiendo por qué la gente se tatúa a los seres que han perdido. La necesidad de proclamar no solo la pérdida, sino también el amor, la continuidad».⁴ Hace tiempo una compañera decía que era necesario reivindicar la rabia. Yo no estaba del todo de acuerdo porque entendía esa emoción como un elemento destructivo, necesario a veces, pero negativo. Ahora pienso que, quizá, la rabia es otra forma de proclamar la pérdida, el amor, la continuidad. Porque la rabia en su imposibilidad de ser adjetivada, contiene todas las formas posibles. La rabia furiosa y desdichada, contagiosa, lejana, amorosa, aplastante, impotente, doliente... la rabia imprescindible.

Notas

¹ Chimamanda Ngozi Adichie, *Sobre el duelo*, México, Penguin Random House, 2020.

² *Ibidem*, p. 37.

³ Cristina Rivera Garza, *Dolerse, textos desde un país herido*, Chile, Libros del Cardo, 2019, p. 11.

⁴ *Ibidem*, pp. 100-101

